

Gervasia había tomado mucho cariño á su vecinita y la trataba como á igual, como á mujer de edad y conocedora ya de la vida. Hay que advertir que Lalia tenía un aspecto pálido y grave, con una expresión de persona entrada en años. Al oírle hablar, se le podían treinta.

Sabía comprar perfectamente, remendar la ropa, dirigir la casa y hablaba de los niños como si hubiese parido ya dos ó tres.

Las gentes, cuando la oían explicarse de esta suerte, á los ocho años, empezaban por sonreírse; mas después se les constreñía la garganta y era cosa de marcharse para no llorar.

Gervasia la retenía en su compañía el mayor tiempo posible, dándole todo cuanto podía de comer y ropas usadas; y un día, al probarle un viejo traje de Naná, se quedó casi sin aliento al ver que la pobrecita tenía amoratado el espinazo, el codo desollado y manando sangre aún y todas sus carnes de inocente martirizadas y pegadas á los huesos. ¡Ay! ¡ya podía preparar la caja el tío Bazouge, pues á aquel paso no duraría mucho la pobre niña! Pero ésta suplicó á la planchadora que no dijese nada, pues no quería que molestasen á su padre por su causa; y hasta lo defendía, asegurando que no hubiera sido tan malo si no hubiese bebido; que estaba loco, que no sabía lo que se hacía y que le perdonaba porque á los locos se les debe perdonar todo.

Desde aquel día, Gervasia vigilaba y trataba de intervenir en cuanto oía subir por la escalera al tío Bijard; pero, generalmente, sólo lograba alcanzar algún pescocón por su parte. De día, cuando entraba, hallaba á menudo á Lalia atada á los pies de la cama de hierro; su indigno padre, antes de salir, le había sujetado las piernas y el vientre con una gruesa cuerda, sin que se pudiese saber con qué objeto; capricho de cerebro trastornado por la bebida, con el propósito, sin duda, de tiranizar á la niña, aún en sus ausencias. Lalia, rígida como estaca y con hormigueos en las piernas, permanecía atada así días enteros y así estuvo toda una santa noche, en que Bijard se olvidó de volver á su casa.

Cuando Gervasia, indignada, hablaba de desatarla, suplicábale la niña que no moviese ni una cuerda; porque su padre se ponía furioso si no encontraba los nudos como él los había hecho, añadiendo que, en realidad, no se encontraba tan mal, y que así descansaba. Y estas cosas las decía sonriendo y con sus pequeñas piernas de querubín hinchadas y como muertas.

Lo que más le apesadumbraba era que, estando atada á la cama y viendo el desarreglo de la casa, no podía llevar á cabo sus domésticas tareas. ¡Bien podía haber inventado su padre otro castigo! Sin embargo, no dejaba de vigilar á los niños, se hacía obedecer y llamaba á su lado á Enriqueta y á Julio, para sonarles las narices.

Como tenía libres las manos, hacía calceta para no perder completamente su tiempo. Y sus sufrimientos se aumentaban, sobre todo cuando el tío Bijard la desataba; arrastrábase entonces la pobre mártir más de un cuarto de hora por el suelo, no pudiendo tenerse en pie por falta de circulación de la sangre...

El cerrajero había ideado también otro juegucito. Ponía á calentar monedas de cobre en la estufa hasta enrojecerlas, y después las dejaba en un ángulo de la chimenea. Y en seguida llamaba á Lalia, mandándole que fuese á comprar dos libras de pan.

La niña, sin la menor desconfianza, tomaba las monedas, lanzaba un grito y las soltaba, sacudiendo su manecita quemada. Entonces el verdugo se ponía furioso. ¡Qué diablos tenía aquella mocosa que tiraba al suelo el dinero? Y la amenazaba con arrancarle la piel del culo si no recogía las monedas al momento.

Cuando la niña vacilaba, recibía una primera advertencia, un bofetón tan fuerte, que le hacía ver treinta y seis estrellas; y muda, con dos gruesas lágrimas en el borde de los párpados, recogía las monedas y se iba, haciéndolas saltar en el hueco de la mano para enfriarlas.

¡No! ¡Jamás se sospecharán las ideas de ferocidad que pueden germinar en el fondo de un cerebro de borracho! Una tarde, por ejemplo, después de haberlo arreglado todo, jugaba Lalia con sus hijitos. La ven-

tana estaba abierta, había una corriente de aire, y el viento, engolfado en el corredor, empujaba la puerta por ligeras sacudidas.

—Es el señor Atrevido (1)—decía la niña;—entrad, señor Atrevido, tomaos el trabajo de entrar.

Y hacía reverencias ante la puerta, saludando al viento. Detrás de ella, Enriqueta y Julio saludaron también, entusiasmados con este juego, y retorciéndose de risa, como si les hiciesen cosquillas. Lalia, sonrosada de alegría al verles disfrutar de tan buenas ganas, tomaba también parte en la diversión, cosa que le sucedía el día treinta y seis de cada mes.

—Buenas tardes, señor Atrevido. ¿Cómo va de salud, señor Atrevido?

Pero una mano brutal empujó la puerta, dando paso al tío Bijard. Entonces la escena cambió de aspecto; Enriqueta y Julio cayeron de culo contra la pared, mientras Lalia, aterrada, se quedó en mitad de una cortesía. El cerrajero tenía un látigo de carretero, nuevecito, de largo mango de madera blanca, hecho de una tira de cuero terminada en una punta de delgado bramante. Colocó el látigo junto á la cama, sin dar su patada de costumbre á la niña, que se preparaba ya á recibirla presentando los riñones. Y el verdugo enseñaba sus negros dientes á través de una risita; venía muy alegre, muy borracho, entusiasmado su cerebro con la idea de pasar un buen rato.

—¡Hola!—exclamó;—¿esas tenemos, estropajo maldito? Desde abajo te he oído bailar... ¡eal! ¡acércate!... ¡más cerca, vobó á!... y de frente; no necesito olerle el culo... ¿te toco por ventura para que tiembles como un pollo mojado?... ¡quitame los zapatos!

Lalia, espantada porque no recibía la granizada de costumbre, púsose finalmente pálida y le quitó los zapatos.

El cerrajero, que se había sentado en el borde de la cama, se tendió vestido, permaneciendo con los ojos abiertos para seguir todos los movimientos de la niña en el cuarto. La infeliz iba de acá para allá, atontada bajo aquellas miradas y sobrecogidos los miembros de

(1) El viento,

un temblor tal, que acabó por romper una taza. Entonces, sin moverse de la cama, agarró su padre el látigo y enseñándose lo dijo:

—Mira, borreguita, mira esto; es un regalo para ti... ¡Sí! para ti; me he gastado cincuenta sueldos más... ¡Con este juguete ya no me veré precisado á correr y será inútil que te guarezcas en los rincones! ¿quieres que ensayemos?... ¡an!... ¡conque rompes las tazas! ¡Ea, arriba! ¡danza, borreguita, y hazle cortesías al señor Atrevido!

Y sin siquiera incorporarse, tendido panza arriba y hundida la cabeza en la almohada, empezó á chasquear el látigo en todas direcciones, con el ruido de un postillón que arrea sus caballos. Después, bajando el brazo, pegó un latigazo á Lalia en medio del cuerpo, arrollándola y desarrollándola, como si fuese una peonza. La mártir cayó al suelo y quiso salvarse á gatas; pero su verdugo le dió otro latigazo y la hizo poner en pie.

—¡Hop! ¡hop!—vociferaba él;—¡es una carrera de borricas! ¡je! ¡je! ¡excelente idea para las mañanitas de invierno!... ¡podré dormir, no me constiparé y atraparé desde lejos á las borreguitas, sin desollarme los sabañones!... ¡en ese rincón, te cogí, putuela!... ¡y también en ese otro!... ¡y en ese otro también! ¡y si te escondes debajo de la cama, te daré con el mango!... ¡Hop! ¡hop!... ¡á galope!... ¡á galope!

Y aparecía en sus labios una ligera espuma y sus amarillos ojos se le salían de sus negras órbitas. Lalia, casi loca, aullando, saltaba por los cuatro rincones de la habitación, apelonándose en el suelo y arrimándose á las paredes; pero la delgada tralla del enorme látigo la alcanzaba por todas partes, chasqueando en sus oídos con estallidos de petardo y mordiéndole las carnes con largas quemaduras.

Era aquello como la danza de un animal á quien se enseñaban habilidades. ¡Y la pobre gatita valsaba, que no había más que ver! con los pies siempre en el aire, como las niñas que juegan á saltar la cuerda y gritan: «¡Caliente!» Ya no podía resollar, saltando maquinalmente como una pelota de goma, dejándose pegar, cegada, cansada de haber buscado un refugio. Y

el lobo de su padre triunfaba, llamándola mala pata, preguntándole si tenía bastante y si comprendía suficientemente que debía perder la esperanza de escaparse con aquel procedimiento.

De pronto, entró Gervasia, atraída por los aullidos de la niña, y ante semejante cuadro quedó presa de furiosa indignación.

—¡Ah, miserable!—exclamó.—¿Queréis dejarla, bandido? voy á delataros á la policía.

Gruñó Bijard como un animal al que se molesta y tartamudeó:

—¿Quién os mete donde no os llaman, Pata tuerta? ¡Ocupaos de vuestros asuntos! ¡vaya! ¡será menester que me ponga guantes para zurrarla!... ¡Lo que he hecho ha sido con el objeto de advertirla, como veis; para que sepa que tengo el brazo largo!

Y soltó un postrer latigazo, alcanzado á Lalia en la cara y cortándole el labio superior, del que comenzó á manar sangre. Gervasia agarró una silla y estaba ya para abalanzarse sobre el cerrajero; pero la niña tendió las manos hacia ella, con ademán suplicante, diciendo que aquello no valía nada, que ya se había acabado. Y mientras se limpiaba la sangre con la punta del delantal, imponía silencio á sus hermanitos, que lloraban á lágrima viva, como si también hubiesen recibido la granizada de latigazos.

Cuando Gervasia pensaba en Lalia, no se atrevía á quejarse de su suerte. Hubiera querido tener el valor de aquella niña de ocho años que soportaba ella sola tantos sufrimientos como todas las mujeres de la escalera reunidas. La había visto reducida por espacio de tres meses á pan seco, y no tanto como su hambre pedía, y tan delgada y tan débil, que tenía que apoyarse en las paredes para andar; y cuando alguna vez le había llevado, á escondidas, algunos restos de carne, sentía partirse el corazón, al vérselos tragar á pedacitos, llorando en silencio, pues su contraída garganta apenas permitía que pasasen los alimentos.

A pesar de ello, siempre era tierna y cariñosa, de un juicio superior á su edad y desempeñaba sus deberes de madrecita, hasta morir para esta misma maternidad, despertada demasiado precozmente en su de-

licada inocencia de niña. Así, pues, Gervasia tomaba ejemplo de sufrimiento y de perdón en esta angelical criatura, tratando aprender de ella á callar sus martirios. Lalia no daba más señales de ellos que su mirada muda, sus grandes ojos negros resignados, en cuyo fondo sólo se adivinaba una noche de agonía y de miseria; ¡nunca una palabra! ¡únicamente sus grandes ojos negros, ampliamente abiertos!

Y es que, en el hogar de los Coupeau, el vitriolo de la taberna comenzaba á ejercer también sus estragos; y la planchadora veía aproximarse el momento en que su marido tomaría el látigo, como Bijard, para hacerla bailar. Y esta desgracia que la amenazaba la hacía aún más sensible con lo de la niña. ¡Sí; Coupeau estaba muy malo! Ya había pasado el tiempo en que el aguardiente le daba colores; ya no podía pegarse palmadas en el estómago y jactarse diciendo que la bebida le engordaba, pues su mala gordura amarilla de los primeros años se había derretido; y volviase seco, de color plomizo, con los matices verdosos de un cadáver pudriéndose en un charco.

El apetito había desaparecido también. Poco á poco, tomóle asco al pan, y hasta llegó á repugnarle la carne. Aun cuando le sirviesen la comida mejor aderezada; su estómago se atascaba y sus dientes reblandecidos se negaban á mascar. Para sostenerse, érale menester su medio litro de aguardiente al día, era su ración, su comida y su bebida, el único alimento que podía digerir.

Por las mañanas, cuando saltaba de la cama, permanecía más de un cuarto de hora doblado por el espasmo, tosiendo y crujéndole los huesos, sosteniéndose la cabeza con las manos y escupiendo pituita, una cosa amarga como el acibar, que le deshollinaba la garganta.

Como esta escena se renovaba cada día, ya podían de antemano prepararle la escupidera. Y no conseguía ponerse derecho hasta tomar su primer vaso de consuelo, verdadero remedio, cuyo fuego le cauterizaba las tripas; en el curso del día recobraba las fuerzas.

Al principio, había comenzado por sentir cosquillas y pinchazos en la piel de las manos y de los pies, y

bromeaba, diciendo que le hacían caricias y que sin duda su mujer le ponía entre las sábanas pelos de cepillo. Después, sus piernas se habían puesto pesadas y las cosquillas habían acabado por trocarse en calambres atroces que le pellizcaban las carnes como con tenazas, lo cual le pareció ya menos divertido.

Entonces ya no se reía, sino que se paraba de repente en la acera, aturdido, zumbándole los oídos y cegado por la visión de mil centellas. Todo le parecía amarillo, las casas bailaban y andaba él un rato tambaleándose y temiendo caerse. Otras veces, puesto de espaldas al sol, sentía un escalofrío como si un chorro de agua helada le bajase desde los hombros hasta el trasero. Pero lo que más le encoraba era un temblorcillo de las manos, de la derecha sobre todo, la cual debía haber cometido alguna fechoría, pues nunca cesaba de estremecerse. ¡Voto á! ¡por lo visto, había cesado ya de ser hombre y se convertía en vieja!

Y extendía furiosamente sus músculos, empuñaba su vaso y apostaba que lo mantendría inmóvil, como agarrado por una mano de mármol; pero el vaso, á pesar de su esfuerzo, bailaba un «chahut», saltando á derecha é izquierda, con un ligero temblor apresurado y regular. Entonces lo vaciaba de un trago, enfurecido y aullando que necesitaba beber unas cuantas docenas y que después se comprometía á sostener un tonel sin mover ni un dedo. Gervasia le aconsejaba al contrario, que no bebiese más si quería dejar de temblar. Y él se burlaba de sus consejos y bebía vaso tras vaso, repitiendo el experimento, enfureciéndose cada vez más y acusando á los omnibus que pasaban de que vertían el líquido.

Cierta noche de marzo, entró Coupeau en casa, caído hasta los huesos; venía con Mes-Bottes de Montmartre, donde se habían dado un atracón de sopa con anguila, cogiéndoles después un chaparrón, desde la barrera des Fourneaux hasta la barrera Poissonniere, un valiente paseño. A media noche, vióse atacado de una condenada tos; estaba muy encendido, con una calentura de mil diablos, jadeando como un fuelle roto. Cuando el médico de los Boche le vió por la mañana y le auscultó en la espalda, meneó la cabeza, y lla-

mando á parte á Gervasia le aconsejó que llevase en seguida á su marido al hospital, pues tenía una pulmonía.

Y Gervasia no se entristeció, ni mucho menos, al oír esto. En otro tiempo, se hubiera dejado descuartizar antes que confiar su marido á los practicantes. Cuando la desgracia de la calle de la Nation, gastó sus ahorros para cuidarle. Pero estos bellos sentimientos desaparecen cuando los hombres caen en la crápula. ¡No! ¡no! ¡malditas las ganas que tenía de darse actualmente una tal desazón! Si se llevaban á su marido y no se lo volvían á traer, daría un millón de gracias.

Sin embargo, cuando llegó la camilla y cargaron con Coupeau como con un trasto, se puso muy pálida, mordiéndose los labios; y si por un lado refunfuñaba, mascullando que se lo tenía muy merecido, no hablaba con el corazón, y hubiera deseado tener, aunque no fuese más que diez francos en su cómoda, para no dejarle partir. Y le acompañó hasta el hospital «Lariboisière», contemplando cómo le acostaban los enfermeros al extremo de una extensa sala donde, alineados los enfermos y con caras de difuntos, se incorporaban y seguían con la vista al nuevo compañero que les llegaba; aquello ofrecía un aspecto de muerte, con un olor asfixiante de fiebre y una música de tísico, capaz de hacer arrojar los pulmones, sin contar con que la sala parecía un pequeño cementerio, ornado de camas muy blancas, una verdadera calle de sepulturas.

Después, viendo que continuaba aplomado sobre su almohada, se marchó la planchadora sin decir una palabra ni tener desgraciadamente en el bolsillo una sola moneda con qué aliviar su suerte. Ya en la calle, en frente del hospital, se paró, lanzando una ojeada al edificio.

Y pensaba en los venturosos días de otros tiempos, cuando Coupeau, encaramado en el borde de los canalones, colocaba en las alturas sus planchas de zinc, cantando al sol. Entonces no bebía y tenía un cutis de doncella. Y ella, desde su ventana del hotel Boncœur, le buscaba con la vista y le distinguía en mitad del cielo; y uno y otro agitaban sus pañuelos, enviándose

sonrisas por aquel telégrafo. ¡Sí; Coupeau había trabajado allá arriba, sin sospechar que trabajaba para él!

Ahora, ya no estaba sobre los tejados, como un gorrión alegre y retozón, sino debajo, donde se había construido un nido para reventar en él, con su encallecido cutis. ¡Dios mío! ¡Cuán lejano se le aparecía el tiempo de sus amores!

A los dos días, cuando Gervasia volvió al hospital para saber de él, encontró vacía la cama. Y una hermana de la caridad le dijo que había sido necesario trasladarle al asilo «Sainte Anne», porque el día anterior había empezado de repente á delirar, pero con ideas de estrellarse la cabeza contra la pared y aullidos que no dejaban dormir á los demás enfermos.

Esto procedía de la bebida, al parecer. La bebida, que fermentaba en su cuerpo, se había aprovechado, para atracarle y retorcerle los nervios, del instante en que la fluxión de pecho le tenía sin fuerzas y tendido de espaldas. La planchadora volvió á casa, trastornada. ¡Su marido, loco! Bonita iba á ser su vida, si le soltaban. Naná vociferaba que habían de dejarle en el hospital, porque, de lo contrario, acabaría por matarlas á las dos.

Gervasia no pudo ir á «Sainte-Anne» hasta el domingo, pues estaba tan lejos, que era un verdadero viaje. Por fortuna, el ómnibus de la línea del bulevar Rochechouart á la Glacière pasaba cerca del asilo. Apeóse la planchadora en la calle de la Santé y compró un par de naranjas para no entrar con las manos vacías.

Todavía otro edificio monumental, con patios grises, corredores interminables y un olor á medicinas rancias, que no inspiraba ciertamente la menor alegría. Pero su gran sorpresa fué cuando al entrar en una celda á donde la condujeron, vió á Coupeau casi despejado.

Precisamente estaba sentado en el trono, un sillito de madera muy limpio que no exhalaba el más ligero olor; y los dos se pusieron á reír, porque le encontraba funcionando, con el culo al aire. ¡Bah! ¡ya sabemos lo que es un enfermo! Y el plomero se erguía

allí, como un emperador, con su verbosidad de otros tiempos. ¡Oh! su salud mejoraba, sí; pues las tripas volvían á funcionar normalmente.

—¿Y la fluxión?—preguntó la planchadora.

—¡Enterrada!—respondió Coupeau.—Me la han sacado con la mano. Todavía toso un poco, pero ya no es más que el fin del deshollinamiento.

Después, al levantarse del trono para volverse á la cama, soltó un nuevo chiste:

—¡Valientes narices las tuyas, que no temen tomar un polvo! (1)

Y continuaron bromeando por el estilo. En el fondo, hallábanse alegres; y para demostrarse su contento uno á otro, sin pomposas frases, se chanceaban á duo de la caca. Menester es haber asistido á enfermos para conocer lo que se goza viéndoles ejercer de nuevo todas sus funciones.

Cuando ya estuvo acostado, dióle su mujer las dos naranjas, regalo que le causó enternecimiento. Iba recobrando su primitiva amabilidad desde que sólo bebía tisanas y no podía ya dejarse el corazón sobre los mostradores de los tabernuchos. Y Gervasia concluyó por atreverse á hablarle de su acceso de locura, sorprendida al oírle raciocinar como en sus mejores tiempos.

—¡Ah, sí!—dijo burlándose de sí mismo;—¡buena machaca he tenido!... ¡Figúrate que veía ratas y que corría á cuatro pies para ponerles un grano de sal debajo de la cola! Y tú me llamabas, porque unos hombres querían deshonorarte. En una palabra, toda especie de disparates, fantasmas de aparecidos en mitad del día... ¡Ah!... ¡me acuerdo perfectamente! ¡Aún tengo firme la cabeza!... Ahora, ya se acabó... Verdad es que al dormirme tengo algunas pesadillas; pero ¿quién no tiene pesadillas?

Gervasia permaneció á su lado hasta la noche. Y cuando el interno de guardia practicó la visita de las seis de la tarde, le hizo extender las manos, las cuales

(1) Tomar un polvo: Respirar un mal olor, oler emanaciones fétidas. (N. del T. tomada de Eigaud.)

no temblaban casi, presentando sólo un leve estremecimiento en la punta de los dedos.

Sin embargo, á medida que iba obscureciendo, vióse atacado Coupeau de cierta inquietud. Por dos veces, incorporóse en la cama y miró al suelo, hacia los rincones oscuros de la habitación. De repente, alargó el brazo é hizo como si aplastase un animal contra la pared.

—¿Qué es eso?—preguntó Gervasia azorada.

—¡Las ratas, las ratas!—murmuró Coupeau.

Y luego, al cabo de un corto silencio y medio dormido, forcejeó un momento, soltando frases entrecortadas.

—¡Voto á... ¡me agujerean la piel!... ¡qué animales tan sucios!... ¡ten cuidado! ¡apriétate las faldas! ¡guárdate del marranazo que tienes detrás!... ¡Rayos y truenos!... ¡Ya cayó patas arriba!... ¡y aún se ríen esos cochinos!... ¡cochinos!... ¡canallas!... ¡ladrones!...

Y daba manotazos al aire, tiraba de la manta y se la arrollaba al pecho, como para protegerlo contra las violencias de los hombres barbudos que creía ver. Acudió entonces un enfermero y Gervasia se retiró completamente helada por esta escena.

Empero cuando volvió á los pocos días, encontró á Coupeau completamente curado. Hasta sus pesadillas habían desaparecido y dormía sus diez horas sin moverse, de un tirón, con el sueño tranquilo de un niño. Por lo tanto, permitieron á Gervasia que se lo llevase no sin que al salir le hiciese el interno las recomendaciones de cajón aconsejándole que las tuviese muy presentes y las meditase, puesto que si volvía á entregarse á la bebida, recaería sin remedio y acabaría por dejar allí la piel.

Sí; la cosa dependía únicamente de él. Ya había visto lo amable y guapo que se había puesto, dejando de emborracharse. ¡Pues bien! ¡á continuar en casa la vida juiciosa de «Sainte-Anne!» y pensar que permanecía encerrado y que los taberneros habían dejado de existir.

—Tiene razón el señor—dijo Gervasia en el ómnibus que los llevaba á la calle de la Goutte d'Or.

—Sin duda que la tiene—respondió Coupeau.

Y luego, después de reflexionar un momento, añadió:

—¡Vaya! una copita de vez en cuando no puede matar á un hombre y ayuda la digestión.

Y aquella misma noche se bebió una copita de aguardiente para hacer la digestión, y por espacio de ocho días se mostró, sin embargo, bastante comedido.

En el fondo era muy pusilánime, y maldita la gracia que le hacía acabar sus días en el manicomio de «Bicetre»; empero su pasión podía más que él; la primera copa le conducía, á pesar suyo, á una tercera, á una cuarta, y al fin de la quincena había vuelto á su ración acostumbrada; su cuartillo de refuerce tripas al día. Gervasia, exasperada, le hubiera dado de palos. ¡Decir que era tan bestia, que había soñado de nuevo en una vida honrada, cuando le viera con todo su juicio en el asilo! ¡Otra hora de alegría evaporada y de seguro la última! ¡Oh! ahora, puesto que nada podía corregirle, ni aun el miedo á la muerte próxima; juraba no darse ya ninguna desazón; ya podía irse la casa á todos los diablos, que lo que es á ella le importaba un comino; por su parte, ya procuraría darse todos los placeres que pudiese.

Entonces volvió á comenzar el infierno, una existencia cada vez más hundida en el fango, sin un átomo de esperanza en mejores tiempos. Naná, cuando su padre la abofeteaba, preguntaba á voz en grito por qué razón no se había quedado aquel haragán en el hospital, y añadía que esperaba ganar pronto algún dinero para pagarle aguardiente en abundancia, á fin de que reventase más aprisa.

Gervasia, por su parte, un día en que Coupeau se quejaba de su matrimonio, se enfureció. ¡Ah! ¡conque se había hecho recoger de la acera, cautivándole con sus aires de doncella! ¡por vida de! ¡no le faltaba aplomo para mentir! ¡á embuste por palabra! Ella era la que se opuso á casarse, pues no le amaba entonces; y mientras él se arrodillaba á sus pies para decidirla, le aconsejó que lo reflexionase. ¡Ah! si las cosas pudiesen hacerse dos veces ¡con qué ganas diría que no! ¡antes se dejaría cortar un brazo!

Si, verdad es que ella había perdido su inocencia antes que él; pero en cambio una mujer que ha perdido

sū inocencia y es hácendosa, vale más que un haragán que mancha su honoꝝ y el de toda su familia en todas las tabernas.

Aquel día fué el primero en que hubo una soberbia paliza en casa de los Coupeau, y tan fuerte se cascaron, que un viejo paraguas y una escoba quedaron hechos añicos.

Y Gervasia cumplió su palabra, envileciéndose todavía más. Faltaba al taller más á menudo, se pasaba charlando los días enteros y se volvía blanda como un pañuelo para el trabajo. Si le caía algo de las manos, lo dejaba en el suelo, sin darse la pena de inclinarse para cogerlo. Las costillas le crecían en longitud. Cuidaba mucho de sus mantecas. Y no daba un escobazo hasta que tropezaba con las basuras.

Los Lorilleux, á la sazón, se tapaban las narices al pasar por delante de su puerta, diciendo que aquello era un pudridero; y vivían, como unos cazurros, en el fondo del corredor, parapetándose contra todas las miserias que piaban en aquel extremo de la casa y encerrándose para no verse en la precisión de prestar monedas de veinte sueldos. ¡Oh! ¡qué buenos corazones! ¡qué vecinos tan complacientes!

No había más que llamar á su cuarto y pedirles un ascua de lumbre, ó un puñado de sal, ó una botella de agua, para recibir en el acto un portazo en las narices. Y por remate unas lenguas de vibora.

Decían que no se ocupaban de nadie, cuando había necesidad de socorrer al prójimo; pero la verdad es que se ocupaban de todo el mundo, desde que amanecía hasta el anochecer, cuando se trataba de morder y murmurar. Corrido el cerrojo y tapadas las rendijas y el ojo de la cerradura con una manta, se regalaban á su sabor, sin dejar ni por un momento sus hilos de oro.

La ruina de la Banbán, especialmente, excitaba en ellos una satisfacción de todos los momentos. ¡Qué miseria, qué tumbo, hijitos míos! Acechaban cuando iba por provisiones y se burlaban del pedacito de pan que traía debajo del delantal. Calculaban los días que se pasaban sin comer. Sabían el espesor del polvo que había en su cuarto, el número de platos sucios y de-

jados en un rincón, cada uno de los abandonos crecientes de la miseria y de la pereza.

Y ¡qué me decís de sus vestiduras, harapos repugnantes que no recogería una traperal! ¡Dios de Dios! ¡no le iban poco mal los asuntos á esa mala zorra que tanto zarandeaba el trasero en otros tiempos, en su linda tienda azul! ¡ved ahí á dónde conduce la afición á vestir bien, á los buenos tragos y á las golosinas!

Gervasia, que sospechaba de qué modo la trataban; se quitaba los zapatos y pegaba el oído á la puerta de sus cuñados; pero la manta sofocaba sus voces. Solamente los sorprendió un día llamándola «tetazas», sin duda porque tenía el pecho muy abultado, á pesar del escaso alimento que, en vez de llenar su piel, se la dejaba vacía.

Por lo demás, aún cuando se los pasaba por el tra-sero, continuaba hablándoles, para evitar comentarios, y si bien no esperaba de esos sucios más que insultos, no tenía ya fuerzas para responder y soltarles unas cuantas desvergüenzas. Al fin y al cabo ¿qué deseaba? nada más sino que la dejaran á su gusto, sentada, dando vueltas á sus pulgares, moviéndose únicamente cuando se trataba de darse un buen rato y pare usted de contar.

Coupeau le había prometido llevarla un sábado al Circo Ecuestre. Valía la pena de molestarse para ver á las señoras galopando y saltando á través de aros de papel. Precisamente, Coupeau había cobrado una quincena y podía desprenderse de cuarenta sueldos. Figuraba, además, en su plan, comer fuera de casa los días, pues Naná tenía que velar hasta muy tarde á causa de un pedido apremiante hecho á su maestra. Empero dieron las siete y no parecía Coupeau; dieron las ocho y tampoco. Gervasia estaba furiosa. De seguro que el borrachón de su marido estaba derrochando la quincena con sus camaradas en las tabernas del barrio.

La planchadora había lavado una cofia y venía des-crismandose desde por la mañana en recoser los agujeros de un vestido viejo para estar presentable. Por último, á cosa de las nueve, con el estómago vacío,

pálida de coraje, decidióse á salir á la calle y buscar á Coupeau en los alrededores.

—¿Preguntáis por vuestro marido?—le gritó la señora Boche al verla tan demudada.—Pues está en casa del tío Colombe. Boche acaba de tomar unas guindas con él.

La planchadora dió las gracias y echó á andar rápida por la acera, acariciando la idea de sacar los ojos á Coupeau. Caía una lluvia menuda que hacía menos divertido el paseo. Pero, cuando llegó á la puerta de la taberna, el temor de que su marido la hiciese danzar sin querer, si le armaba camorra, la tranquilizó de repente y la armó de prudencia. La taberna estaba como ardiendo, con el gas encendido, con llamas blancas á manera de otros tantos soles, que reflejaban en las paredes los frascos y bicales de diferentes colores.

Permaneció allí un instante, inclinado el espinazo, pegados los ojos á los cristales, entre dos botellas del aparador, atisbando á Coupeau en el fondo de la tienda, donde se hallaba sentado con sus compañeros, alrededor de una mesita de zinc, apareciendo confusamente y como azulados á través del humo de sus pipas.

Y como no se les oía hablar, causaba efecto extraño el verles gesticular inclinados adelante y con los ojos casi fuera de sus órbitas. ¡Era increíble que los hombres pudiesen abandonar á sus mujeres y sus casas para encerrarse así en un rincón donde se asfixiaban! Molestada Gervasia por la lluvia que le caía á lo largo del cuello, se enderezó y se dirigió al bulevar exterior, ensimismada, absorta en sus reflexiones, no atreviéndose á entrar por temor á que Coupeau la recibiese mal si le llamaba.

Además, no le parecía, en verdad, muy á propósito aquel sitio para una mujer honrada.

Sin embargo, al pasar por debajo de los árboles que goteaban, la acometió un escalofrío y pensaba, vacilando todavía, que se exponía á pillar una grave enfermedad.

Por dos veces volvió á pararse á la puerta de la taberna, pegando de nuevo sus ojos á los cristales, irritada al ver á cubierto á aquellos malditos borrachos, siempre gritando y bebiendo.

La viva luz de la taberna se reflejaba en los charcos de la calle, donde la lluvia sonaba como el hervir de varios pucheritos. Y cuando se abría la puerta alejábanse Gervasia y chapoteaba en ellos hasta que volvía á cerrarse con el crujido de sus bandas de cobre.

Por último, tratándose de muy necia á sí misma, empujó la puerta y entró dirigiéndose á la mesa de Coupeau.

En resumidas cuentas, ¿no es cierto? á quién venía á buscar era á su marido, y estaba autorizada para ello, puesto que le había prometido llevarla aquella noche al Circo. ¡Tanto peor para él! Lo que es ella, malditas las ganas que tenía de disolverse como una pastilla de jabón, en la acera.

—¡Toma! ¿tú por acá, vieja mía?—gritó el plomero, que casi se ahogaba de risa... ¡cuidado que eres bromista! ¡sí! ¿verdad que es muy chusca mi costilla?

Todos reían, todos, Mes-Bottes, Bibi-la-Grillade y Becá-Salé, alias Boit-sans-soif, Encontraban divertida la broma, sin acertar á explicársela. Gervasia permanecía en pie, algo aturdida; y pareciéndole que Coupeau estaba de buen temple, se atrevió á decir:

—Ya sabes á lo que he venido; vámonos. Si nos damos prisa, aún llegaremos á tiempo de ver algo.

—No puedo levantarme, estoy pegado al asiento y no es chanza—repuso Coupeau, sin dejar de reirse.—Prueba á levantarme, para que te convenzas; tira de mi brazo con todas tus fuerzas... ¡Voto á...! ¡Más fuerte todavía!... ¡Eal... ¡arriba!... Ya ves, ese rocín de tío Colombe me ha clavado en su banquillo.

Gervasia se había prestado á esta broma y, cuando le soltó el brazo encontraron los camaradas tan divertido el lance, que se recostaron unos sobre otros, rebuznando y restregándose los hombros, como burros retozones. Y el plomero tenía la boca abierta por una risa tal, que se le veía todo el tragadero.

—¡Maldita bestia!—dijo por fin;—ya puedes sentarte un minuto. Mejor se está aquí que chapuzando en la calle... ¡Pues bien! no he ido á buscarte, porque tenía que hacer. Y por más que te enfurruñes, nada adelantarás... Hacedos atrás vosotros y dejadle sitio.

—Si la señora quisiese sentarse sobre mis rodillas, estaría más blanda—dijo con galantería Mes-Bottes.

Gervasia, para no dar qué decir, cogió una silla y se sentó á tres pasos de la mesa, mirando lo que bebían aquellos hombres: una especie de desuella gargantas (1) que relucía como el oro en los vasos, del cual había una porción derramado sobre la mesa, donde Bec-Salé, alias Boit-sans-soif, humedecía su dedo, al paso que hablaba, escribiendo un nombre de mujer: «Eulalia», en gruesas letras.

Encontró muy deteriorado á Bibi-la-Grillade y más delgado que un paquete de cien clavos. Mes-Bottes tenía una nariz floreciente, una verdadera dalia azul de Borgoña. Los cuatro estaban muy sucios, con sus barbas erizadas y meonas como escobillas de orinal y ostentando andrajos de blusas y manazas negras, con tñas de luto. Empero, á decir verdad, aún podía estarse en su compañía, pues si bien llevaban seis horas de beber, todavía se conservaban muy serenos y precisamente en aquel grado de embriaguez en que se presenta todo de color de rosa.

Gervasia vió á otros dos delante del mostrador, tan chispas ya, que vertían las copas debajo de sus barbas y empapaban sus camisas, creyendo echárselas al colete. El gordo tío Colombe extendía sus brazos enormes, que eran los conserva-el-orden de su establecimiento y servía tranquilamente las rondas.

Hacia un calor sofocante; el humo de las pipas subía hasta la deslumbradora llama del gas, girando en torno de ella como polvo y anegando á los consumidores en una leja cada vez más espesa; y de en medio de esta nube surgía una batahola ensordecedora y confusa, voces cascadas, choques de vasos, juramentos y puñetazos semejantes á detonaciones. Así, pues, Gervasia había tomado un aspecto de guarda cantón, por cuanto un espectáculo semejante nada tiene de agradable para una mujer, sobre todo no estando acostumbrada á él; y se asfixiaba, con los ojos enrojecidos y la cabeza atontada ya por el olor de alcohol que

(1) *Desuella-gargantas*: Aguardiente del más inferior. (N. del T. tomada de Rigaud.)

exhalaba toda la sala. Después, bruscamente, experimentó la sensación de un malestar más inquietante á sus espaldas, y al volverse, percibió el alambique, la máquina de emborrachar, que funcionaba debajo del cobertizo del angosto patio, con la trepidación profunda de su cocina del infierno.

Por la noche, las calderas aparecían más sombrías, alumbradas únicamente en su redondez por una ancha estrella roja; y la sombra del aparato, proyectada en la pared del fondo, dibujaba abominaciones, figuras con rabos, monstruos que abrían sus bocas como para tragarse á las personas.

—¡Oye tú, tía Melindres! ¡no te hagas la desdenosa!—gritó Coupeau.—Ya sabes que los ataja-solaces tienen orden de irse á Chaillot!... (1) ¿Qué quieres tomar?

—Nada—contestó la planchadora.—No he comido todavía.

—Pues razón de más; un traguito da fuerzas.

Y viendo que aún continuaba con el ceño fruncido, intervino de nuevo con galantería Mes-Bottes, diciendo:

—A la señora deben gustarle las cosas dulces.

—Lo que á mí me gusta son los hombres que no se emborrachan—repuso ella entrando en cólera.—Sí; me gustan los hombres que llevan la paga á casa y los que, cuando prometen algo, lo cumplen.

—¡Ah! ¡eso es lo que te impacienta!—dijo el plomero, sin cesar de reirse.—¿Quieres que te den tu parte? Entonces, alma de cántaro, ¿por qué rehusas una copita? Tómala, pues, y eso te ganas.

Ella le miró fijamente, muy seria, surcada la frente por una arruga que incrustaba en ella como una raya negra. Y repuso con voz lenta:

—¡Calla! pues tienes razón, es una buena idea. Así nos beberemos juntos el dinero.

Bibi-la-Grillade se levantó para llevarle una copa de anisete. Y ella aproximó su silla á la mesa. Mientras paladeaba su copa, le asaltó de repente un recuerdo; aquella ciruela que había comido en otra época con Coupeau, cerca de la puerta, cuando el plomero la

(1) A paseo.

requeraba. En aquellos tiempos, dejaba en el fondo de la copa la salsa de los frutos en aguardiente ¡y ahora se dedicaba á los licores! ¡Ah! ¡Ya se conocía muy á fondo á sí misma! ¡ni siquiera tenía dos adarres de voluntad! Bastaría que le diesen una palmada en los riñones para zambullirla en la bebida.

Hasta le parecía ya cosa buena el anisete, aun cuando tal vez demasiado dulce y algo empalagoso, y chupaba su copa, oyendo contar á Bec-Salé, alias Boit-sans-soif, sus relaciones con la gruesa Emilia, vendedora callejera de pescado, mujer sumamente maligna, que le olfateaba de lejos cuando estaba en las tabernas, sin dejar por eso de empujar su carretón á lo largo de las aceras; y en vano era que sus camaradas le avisasen y le ocultasen, pues le pescaba á menudo, y hasta el día anterior le había tirado una vasija á la cara para enseñarle á faltar al taller. Y como la anécdota era tan chusca, Bibi-la-Grillade y Mes-Bottes, doloridos los riñones de tanto reír, daban palmadas en los hombros á Gervasia, que al fin tomó parte en la broma, como si le hiciesen cosquillas y á pesar suyo; y ellos le aconsejaban, de paso, que, imitando á la gruesa Emilia, cogiese sus planchas y con ellas planchase las orejas á Coupeau sobre los mostradores de la taberna.

—¡Bravo! ¡mil gracias!—gritó Coupeau volviendo boca abajo la copa de anisete bebida por su mujer;—¡eso te lo sorbes admirablemente!... ¡ya lo veis, camaradas; mi costilla no se anda con remilgos!

—¿Repite la señora?—preguntó Bec-Salé, alias Boit-sans-soif.

La planchadora dijo que no, que ya tenía bastante. Sin embargo, vacilaba. El anisete le ensuciaba el estómago. De buena gana hubiera tomado otra cosa más fuerte para entonárselo. Y dirigía miradas oblicuas hacia la máquina de emborrachar que tenía á sus espaldas. Aquella condenada marmita, redonda como vientre de caldera gruesa, con su nariz larga y retorcida, le producía un escalofrío entre los hombros, un temor mezclado con deseos. Sí, en verdad; la cosa aquella podía compararse á la asadura de metal de una bruja que soltaba poco á poco el fuego de sus entrañas; lindo

manantial de veneno, operación que hubiera debido enterrarse en una cueva, ¡tan sinvergüenza y abominable era! Y, sin embargo, á pesar de esto, habría querido meter las narices dentro, aspirar su olor, paladear aquella cochinada, aun cuando abrasada por su lengua hubiese debido pelarse de pronto, como una naranja.

—¿Qué es eso que bebéis?—preguntó socarronamente á los hombres, con la vista encendida por el hermoso color de oro de sus copas.

—Esto, vieja mía—respondió Coupeau,—es el alcanfor de papá Colombe... No seas tonta... ¡Pruébalo!

Presentáronle una copa de vitriolo, y al contraerse sus mandíbulas al primer trago, añadió el plomero, golpeándose los muslos:

—¡Hola! ¡parece que te acepilla el tragadero!... ¡Trágalo de un sorbo!... Cada ronda ahorra seis francos de médico.

A la segunda copa, no sintió ya Gervasia el hambre que antes la atormentaba. Estaba reconciliada con Coupeau, no guardándole ya rencor por su falta de palabra. Otro día irían al Circo, donde al fin y al cabo poca diversión ofrecía el ver á volafines galopando á caballo. En la tienda del tío Colombe no llovía, y si la paga se derretía en el aguardiente, al menos se la metían entre pecho y espalda, bebiéndosela límpida y reluciente, como hermoso oro líquido. ¡Ah! ¡con qué ganas no mandaba ella el mundo á paseo! Ya que la vida le ofrecía tan pocos atractivos, parecíale al menos un consuelo participar á medias en la liquidación del dinero.

Y puesto que se encontraba tan á gusto allí ¿por qué no había de quedarse? Ya podían disparar cañonazos, que lo que es ella no se movía después de haberse arrellenado. Deleitábase en aquel grato calor, con la ropa pegada á la espalda, poseída de un dulce bienestar que le adormecía los miembros, bromeando sola, apoyando los codos en la mesa, extraviados los ojos, riéndose de dos parroquianos, uno muy alto y otro muy chico, que en una mesa próxima estaban á punto de besarse como pan, de puro borrachos.

Si se reía de la taberna, del trasero del tío Colombe,

verdadera vejiga de manteca, de los consumidores, que fumaban su pipa gritando y escupiendo, y de las grandes llamas del gas que reflejaban en los espejos y en las botellas de licor.

El olor no la molestaba ya; al contrario, le hacía cosquillas en la nariz y encontraba que aquello olía bien; sus párpados se cerraban algo, al mismo tiempo que respiraba con más frecuencia, sin sofocación, saboreando el goce del sueño que lentamente se apoderaba de ella.

Después, apurada la tercera copa, apoyó la barba en sus manos, sin ver ya más que á Coupeau y á sus camaradas; y así permaneció frente á ellos, muy cerca, calentadas las mejillas por su aliento, contemplando sus sucias barbas, como si les estuviese contando los pelos. A la sazón, estaban todos muy borrachos.

Mes-Bottes babeaba, con la pipa entre los dientes, ofreciendo el aspecto mudo y grave de un buey amodorrado.

Bibi-la-Grillade contaba la manera que tenía de beberse un litro de un trago, dándole un beso tal al jarro, que se le veía al momento el trasero. Y entre tanto Bec-Salé, alias Boit-sans-soif, había ido á buscar el torniquete al mostrador y jugaba unas copas con Coupeau.

—¡Doscientos!... Eres un tramposo; ¡á cada golpe sacas el número alto!

La flecha del torniquete rechinaba y la imagen de la fortuna, en forma de una mujer alta y roja, colocada bajo un cristal, giraba, representando en su rápido movimiento una mancha redonda, como si fuese de vino.

—¡Trecientos cincuenta!... ¡Has ganado! ¡cá, no juegas más!

Y Gervasia se interesaba en el juego; bebía á potá y llamaba á Mes-Bottes «hijo mío». Detrás de ella, continuaba funcionando la máquina de emborrachar, con su murmullo de riachuelo subterráneo; y la planchadora se desesperaba por no poder detenerla y agotarla, poseída de sombría cólera contra sí propia y con antojos de saltar sobre el monstruoso alambique, como

una fiera, para golpearla á talonazos hasta reventarle el vientre.

Todo se embrollaba en su cerebro, veía moverse la máquina y se sentía cogida por sus garras de cobre; á la vez que el eterno riachuelo corría ahora á través de su cuerpo.

Después empezó á danzar la sala, con los mecheros de gas que giraban como estrellas. La planchadora estaba borracha. Y oía una furiosa discusión entre Bec-Salé, alias Boit-sans-soif y el maldito tío Colombe. ¡Ladrón de tabernero, que apuntaba las cuentas con tenedor! (1) ¿acaso estaban en el bosque de Bondy? De repente hubo una agarrada, aullidos y un estrépito de mesas volcadas. Y era que el tío Colombe ponía á sus clientes de patitas en la calle, sin incomodarse, á empellones. Los expulsados le apostrofaron, desde la acera, llamándole «haragán, bribón»

Continuaba lloviendo y soplaban un vientecillo helado.

Gervasia perdió á Coupeau, lo encontró y lo volvió á perder. Quería volver á su casa, y tanteaba á lo largo de las paredes para conocer el camino. Aquella obscuridad repentina la cegaba por completo. Al llegar á la esquina de la calle des Poissonnieres se sentó en el arroyo y creyó hallarse en el lavadero.

El agua que bajaba por la calle, á torrentes, la mareaba y le hacía mucho daño. Por fin llegó á casa; pasó rápidamente por delante de la portería, donde vió perfectamente á los Lorilleux y á los Poisson sentados á la mesa, los cuales hicieron muecas de asco al percibirla en tan lindo estado.

Nunca supo Gervasia cómo subió aquella noche las escaleras hasta el sexto piso. Al llegar arriba y cuando entraba en el corredor, la pequeña Lalia, que oía sus pasos, salió á su encuentro con los brazos abiertos en actitud cariñosa, sonriendo y diciendo:

—Señora Gervasia: papá no ha venido; entrad y veréis cómo duermen mis niños... ¡veréis cuán lindos están!...

(1) «Marcar con el tenedor»: Aumentar una cuenta como si se inscribiese con los cuatro dientes de un tenedor. (N. del T. tomada de Rigault).

Pero al observar el semblante atontado de la planchadora, retrocedió temblando. La pobrecilla conocía demasiado aquel hálito de aguardiente, aquellos ojos pálidos, aquella boca convulsa. Y Gervasia pasó adelante, dando traspiés, sin decir una palabra, mientras la pequeña, de pie en el umbral de su puerta, la seguía con su mirada sombría, silenciosa y grave.

XI

Naná crecía, se hacía moza. A los quince años estaba desarrollada completamente, con sus carnes blancas como una ternera, tan gruesa y rolliza como una bola. Sí, así era: quince años, dentadura completa y sin corsé. Una verdadera fisonomía de putuela, empapada en leche, una piel aterciopelada de melocotón; una nariz picaresca, una boca de rosa y en sus ojos un fuego tal, que los hombres, al verlo, sentían deseos de encender en él sus pipas. Su mata de cabellos rubios, color de avena fresca, parecía que arrojaba sobre sus sienes polvillo de oro, pecas, que formaban allí como una corona de sol. ¡Ah! una linda muñeca, como decían los Lorilleux, una mocosa á quien todavía hubieran debido sonarle las narices, y cuyos torneados hombros ofrecían la seductora morbidez y exhalaban el olor apetitoso de una mujer formada.

A la sazón, ya no necesitaba Naná meterse bolas de papel en el corsé, pues sus pechos habían adquirido un regular desarrollo, tapizados por una piel parecida á raso blanco finísimo. Y esta circunstancia, en verdad, no la incomodaba; muy al contrario, hubiera deseado tenerlos como odres, como tetas de nodriza, ¡tan ansiosa y desconsiderada es la juventud! Lo que sobre todo la hacía apetecible, era la fea costumbre que había adquirido de sacar la puntita de la lengua por entre sus blancos dientes. Sin duda, al mirarse algún día en el espejo, se había encontrado

así graciosa; y desde entonces, todo el santo día estaba enseñando la lengua, para hacer gracia.

—¡Esconde tu embusterilla!—le gritaba su madre. Y á menudo era preciso que interviniese Coupeau; á puñetazos, aullando entre juramentos:

—¡Quieres esconder esa lengua!

Naná demostraba ser muy coqueta. Si bien no siempre se lavaba los pies, en cambio escogía sus botinas tan estrechas, que sufría el martirio en la prisión de San Crispín; y si la interrogaban, al ver que se ponía amoratada, contestaba que tenía cólico, para no confesar su coquetería.

Cuando faltaba para pan en la casa, le era difícil componerse. Y entonces hacía milagros. Recogía cintas en el taller y se arreglaba su tocado con vestidos sucios, llenos de adornos y lazos. El verano era la estación de sus triunfos. Con un vestido de percal de seis francos, paseaba todos los domingos, llenando el barrio de la Goutte d'Or con su rubia belleza. Sí, la conocían desde los bulevares exteriores hasta las fortificaciones y desde la calzada de Galignancourt hasta la calle mayor de la Chapelle. Llamábanla «la pollita», porque, en efecto, tenía la carne tierna y el aspecto fresco de una de estas aves.

Un vestido, sobre todo, le sentaba perfectamente. Era un traje blanco con lunares rosados, muy sencillo y sin adorno alguno. La falda, algo corta, permitía ver sus pies, las mangas, muy abiertas y caídas, dejaban al descubierto sus brazos hasta el codo; el escote del cuerpo, que la muy bribona abría con alfileres, en forma de corazón, escondiéndose para ello en un rincón de la escalera, á fin de evitar los cachetes de papá Coupeau, mostraba la nieve de su cuello y la dorada sombra de su garganta.

Y sin más adorno en la cabeza que una cinta de color de rosa alrededor de sus cabellos, una cinta cuyos extremos revoloteaban sobre su nuca. Así vestida, presentaba el frescor de un ramillete y en ella aspirábase la juventud, alternando las desnudeces de la niña con las de la mujer.

Los domingos eran en aquella época para Naná días de cita con la multitud, con todos los hombres que